

Dominick Dunne

Las dos señoras Grenville

Traducción de Eva Millet

Primera edición, 2014

Título original: *The Two Mrs. Grenvilles*

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamos públicos.

Copyright © 1985 by Dominick Dunne

© de la traducción, Eva Millet Malagarriga, 2014

© de esta edición, Libros del Asteroide S.L.U.

Publicado por Libros del Asteroide S.L.U.

Avió Plus Ultra, 23

08017 Barcelona

España

www.librosdelasteroide.com

ISBN: 978-84-16213-02-3

Depósito legal: B. 20.304-2014

Impreso por Reinbook S.L.

Impreso en España - Printed in Spain

Diseño de colección y cubierta: Enric Jardí

Este libro ha sido impreso con un papel ahuesado, neutro y satinado de ochenta gramos, procedente de bosques correctamente gestionados y con celulosa 100 % libre de cloro, y ha sido compaginado con la tipografía Sabon en cuerpo 11.

Índice

PRIMERA PARTE	II
SEGUNDA PARTE	133
TERCERA PARTE	197
CUARTA PARTE	327
QUINTA PARTE	371

Para mi hijo Alexander Dunne

PRIMERA PARTE

La habitación desprendía un asfixiante aroma a rosas marchitas. Los pétalos rosados que habían ido cayendo de aquellas rosas reventonas colocadas en un jarrón chino se diseminaban sobre la pulida superficie del escritorio de bronce dorado. A pesar de ser de día, las lámparas de pantalla rosada estaban encendidas y las cortinas, también del mismo tono, cayendo en pesados pliegues, bien cerradas y dispuestas para la noche, aún permanecían corridas. Alguien debía de haberse estirado a descansar sobre la cama, pero no debía de haber dormido: toda la ropa de cama, rosada, aún estaba inmaculada y no se veía ni una arruga. Un reloj de sobremesa, de oro rosa, al que no se le había dado cuerda desde hacía demasiado tiempo, había dejado de funcionar. Una radio, encendida durante demasiado tiempo, se había desintonizado.

En el suelo, tumbada boca abajo, en la cenefa de rosas de una alfombra de Aubusson, yacía una mujer de melena dorada y camisón de raso y encaje. Estaba muerta. Llevaba muerta más de un día. Quizás dos.

Si hubiera estado viva, le habría contado, tanto si usted se lo hubiera preguntado como si no, que el jarrón chino había pertenecido a Magda Lupescu; que el escritorio había sido propiedad

de María Antonieta; que el reloj había sido un regalo para la emperatriz Isabel de Austria del Rey Loco, Luis de Baviera, y que la alfombra de Aubusson había sido un presente de la corte belga a la emperatriz Carlota de México. Que todas ellas hubieran sido mujeres desafortunadas era algo de menor importancia para la fallecida en comparación con el placer que sentía cada vez que repetía la historia de sus posesiones.

La muerta se llamaba Ann Grenville. Apoyado en una pared de su habitación reposaba el infame retrato que le había hecho Salvador Dalí y que tantísimo la había ofendido. Apartado de la vista desde hacía tiempo, sorprendentemente presente ahora, miraba fijamente desde el lienzo hacia la escena de tintes rosados. El corte hecho en su día con un cuchillo, reparado, y su profecía, cumplida: había augurado muerte. La muerte había cumplido aquel augurio.

Su necrológica, cuando apareció, no llamó la atención. Si uno no había estado leyendo sobre la derrota del ministro de Hacienda alemán en la primera página de la sección A de *The New York Times*, que continuaba en la última página de la sección D, después de las noticias de economía y las cotizaciones bursátiles, no la habría visto, porque allí era donde apareció. Allí estaba su nombre, Ann Grenville, con la palabra «fallecida» tras él. Y después, unos pocos párrafos de fácil olvido.

Sin embargo, si uno se detenía a pensarlo, la ubicación de la esquela de Ann Grenville era probablemente el lugar exacto donde la anciana Alice Grenville quería que estuviese y a nadie que la conociese le habría extrañado que Alice Grenville hubiera llamado a cualquiera de los Sulzberger que estaba al mando del *Times* para pedirle que la necrológica de su nuera figurara exactamente en aquel espacio tan escondido. Aquella no habría sido la primera llamada que ella hacía en nombre de su familia pidiendo al diario que fueran considerados. Viejísimas, nona-

genaria, Alice Grenville, de soltera una de las trillizas Pleydell, todavía llevaba los asuntos de su familia y una de las cosas que lamentaba, y mucho, era que su familia hubiera aparecido tanto, demasiado, en las noticias.

La necrológica señalaba que Ann Grenville había sido hallada muerta en su apartamento de la Quinta Avenida. Contaba que era la viuda del deportista William Grenville, Junior, la madre de Diantha Grenville, la nuera de Alice Grenville, la filántropa y destacada mujer de la alta sociedad. Contaba también que tenía cincuenta y siete años y que había sido absuelta, en 1955, del asesinato de su esposo.

Ann no tenía cincuenta y siete años, no los tenía desde hacía tres, pero aquella mentira, si podía ser considerada mentira, estaba más cerca de la verdad que la edad que había dicho tener hacía veinte años, en la cima de su notoriedad, cuando, con cuarenta, asegurara tener treinta y dos.

—Señora Grenville. Señora Ann Grenville —llamaba en voz alta un camarero del barco, haciendo sonar un gong mientras se desplazaba por las cubiertas y las zonas comunes—. Teléfono para la señora Ann Grenville.

Nadie se giró ante la mención del nombre. Habían pasado demasiados años. Ni un alma en aquel barco se acordaba de lo que la revista *Life* calificó como el tiroteo del siglo.

Unos pocos años antes de su muerte coincidí con ella en un buque de vapor en ruta a Alaska. Hacía mucho que no la veía. Desaparecida desde hacía tiempo de la escena social se comportaba, incluso en un barco, como una viajera solitaria. A diferencia de la Ann Grenville del pasado, aquella ya no era el alma de la fiesta. Más bien se había resignado a los márgenes, no de la fiesta, sino de la vida. Yo me había quedado paralizado. Su bello rostro de antaño parecía acusar los estragos de la bebida y se asemejaba muchísimo a esos rostros de las mujeres de me-

diana edad que han pasado por el quirófano. Su figura, esbelta y espléndida, se había ensanchado un poco. Su cabello dorado parecía menos brillante.

Y a pesar de todo ello, todavía poseía magia. Quizás se tratara de la magia de la memoria de lo que había sido, de aquellas semanas de mi juventud en las que ella fue la protagonista. Su ropa era cara y sencilla. Su perfume inundaba el aire a su alrededor. A excepción de un anillo con un zafiro y un diamante de una talla y un corte con aspecto de haber sido heredado durante generaciones, el resto de sus joyas eran de oro. Leía. Bordaba. Contemplaba durante horas la costa de Oregón y de Washington, fumando cigarrillos, inhalando profundamente, tirando las colillas al mar. No hablaba con nadie.

—Espero que no sean malas noticias —le dije algo más tarde, al pasar junto a su tumbona de cubierta.

—¿Qué ha dicho? —preguntó, como si la hubiera molestado.

Naturalmente, yo supe quién era desde el primer momento, aunque solo respondí que me resultaba familiar, nada más, cuando el caballero contiguo a mi tumbona, un tal señor Shortell, de Tacoma, me preguntó si sabía algo acerca de ella. Uno de los rasgos de los que menos me enorgullezco es el de ser habitualmente fuente de información fidedigna sobre personas a la cuales no conozco, especialmente sobre personas importantes a la cuales no conozco; y si bien nunca había sido mi amiga, sí conocía a Ann Grenville. Los años en los que ella volaba alto como la señora de William Grenville, Junior, y su nombre aparecía una y otra vez en la columna de Fyodor Cassati en el *New York Journal American* y sus fotografías, hechas por Louise Dahl-Wolf y Horst, se publicaban en todas las revistas de papel cuché, nuestros caminos se cruzaron de vez en cuando en las cenas de Nueva York. Ella se me resistía. De hecho, nunca confió en mí. Tuve la sensación de que pensaba que yo podía ver perfectamente la representación que era su vida del mismo modo en que Salvador Dalí había sabido ver a través de ella cuando la retrató.

—Su llamada telefónica. Espero que no fueran malas noticias —dije.

Como a veces hacen las estrellas de cine para protegerse de los curiosos, Ann Grenville había desarrollado una manera de mirar sin conectar con su interlocutor, como si estuviera decidiendo si iniciar o no una conversación. Tuvo que ocurrir aquella tragedia para que Ann y Billy Grenville adquirieran relevancia en la historia de la vida social neoyorquina. Durante ese periodo, el otoño de 1955, todo Nueva York y gran parte del país y del mundo se estremecía con horrorizada impaciencia ante las revelaciones diarias sobre el caso Grenville: ¿qué resulta más atractivo que los ricos y poderosos envueltos en un asunto criminal? Incluso el imponente *The New York Times* y el conservador *Herald Tribune* se leían como escabrosos periódicos sensacionalistas. Si no hubiese sido por eso, Ann y Billy Grenville no habrían sido nada más que la bella, elegante y rica pareja de moda que deslumbró durante un tiempo a la alta sociedad neoyorquina.

—Sí, bastante —dijo finalmente—. Malas noticias, sí. —Su voz era profunda e intensa. Se correspondía con su aspecto.

—Lo siento —dije.

—Mi perra ha muerto en Nueva York. A usted no le parecerá nada grave, pero estaba muy unida a ella.

—Lo siento.

Sonrió imperceptiblemente y volvió a enfrascarse en su libro, indicando así que la conversación había terminado. Regresé a mi tumbona.

Por favor, no piensen que la aceché durante años, recopilando información sobre ella. No, de ninguna manera, pero lo cierto es que antes de que todo ocurriera, yo había hecho alguna anotación ocasional en mi diario sobre ella y, también, sobre Billy.

Una música de baile, procedente de alguna fiesta que se celebraba a bordo, alcanzaba nuestra solitaria esquina de cubierta. Vi que su pie, elegantemente calzado, taconeaba siguiendo el ritmo. En aquel instante aún era posible imaginar que aquella

mujer de mediana edad era una mujer joven y bella, la corista con tocado de plumas que recorre contoneándose el escenario de un club nocturno, la amante de hombres ricos, la esposa de un apuesto aristócrata estadounidense, la anfitriona y destacada figura de la alta sociedad de hacía una década y, ay, la asesina.

—Bonitas piernas —le dije, con admiración, omitiendo la palabra «todavía», que también me había venido a la cabeza.

Ella soltó una risita ronca y levantó su pierna para mirarla, moviendo el pie primero hacia a un lado y luego hacia otro.

—No están mal —concedió, admirando su extremidad—, para quien ha entrado en la época dorada.

—Época dorada... —repetí, riéndome.

—¡Que le den a la época dorada! —exclamó antes de estallar en una carcajada cuyo tono me hizo saber que los consabidos encantos de la edad a ella se le habían escapado por completo.

Así fue como empezamos a hablar. No le sorprendió que yo estuviera allí. No mencionó la última vez que nos habíamos visto, en Saint Moritz, cuando la apodé como «Bang-bang», mote con el que acabaría siendo conocida. Aceptó la situación. No había hablado con nadie durante todo el viaje y estaba dispuesta a hablar. Yo tampoco había hablado con nadie durante todo el viaje (excepto con el señor Shortell, de Tacoma) y estaba dispuesto a escuchar. Conversamos sobre los libros que estábamos leyendo, las obras de teatro que habíamos visto recientemente y los últimos lugares que habíamos visitado. También hablamos sobre los pasajeros del barco.

—¿Qué se supone que hace aquel de la camiseta amarilla, fingir que lee a Proust? —preguntó.

—¿Cómo sabe que está fingiendo?

—Es una de las cosas que yo solía hacer —contestó, riendo. Tenía bonitos dientes y una boca preciosa—. Cuando me casé, mi suegra trató de prepararme para ser una Grenville y me dio una lista de cincuenta libros para leer, pero nunca pude leer a Proust, así que hacía ver que lo leía.

—El hombre de la camiseta amarilla es un tal señor Shortell, de Tacoma. No está mal. A usted la encuentra fascinante. ¿Le gustaría conocerlo?

—Oh, no. Tiendo a evitar conocer a gente nueva.

—¿Por qué?

—Todo va muy bien al principio hasta que alguien les dice: «Esa es la mujer que mató a su marido» y así se enteran de mi historia. Entonces me miran de forma distinta y empiezan a preguntarse cosas sobre mí. Sola se está mejor. —Súbitamente, cambió de tema—. ¿Qué dan en el cine?

—Un viejo éxito.

—¿Cuál?

—*Le Rouge et le Noir*.

—Con Gérard Philipe. No la he visto —dijo.

—Yo tampoco —contesté.

—Vamos.

Puedo asegurar con toda certeza que en mi vida se suceden las coincidencias o que me pasan cosas con una probabilidad sobre mil de que sucedan. Yo no sabía (nunca la había visto), que había una secuencia en *Le Rouge et le Noir* en la que de madrugada el marido entra en la habitación de su esposa y esta, confundiéndolo con otra persona, le pega un tiro. Con el as que me había guardado astutamente en la manga, cómo iba yo a imaginar que acabaría sentado junto a Ann Grenville en el cine del barco, viendo esa escena...

Ann, sendas manos sobre los reposabrazos de la butaca, se levantó e, hipnotizada, contempló la escena. Volvió a sentarse en su sitio cuando terminó. Como yo no sabía qué decir, no dije nada y continué con la vista clavada en la pantalla.

Una vez acabada la película, de camino hacia nuestros camarotes de primera clase, ninguno de los dos dijo nada durante un buen rato, pero no pude dejar pasar aquella oportunidad:

—¿Alguna vez hablarás de todo aquello, Ann? —le pregunté.

—Nunca —contestó.

—Podría serte de ayuda si...

—Nunca.

—Pero nadie ha escuchado tu versión.

—La muerte de mi marido fue un accidente, pero nadie me creyó, a excepción del gran jurado. Sé que la gente me llama «la asesina». Sé que mis hijos han sufrido.

—Siéntate —le dije, conduciéndola hacia un banco situado en cubierta.

—Hice un trato con mi suegra: que nunca, nunca jamás, hablaría de todo aquello. Y he cumplido el trato. Varias veces al año la familia, mis cuñadas y mi suegra me hacían llamar a fin de exhibirme en sus fiestas. Unas santas ante los ojos de la alta sociedad neoyorquina por ser tan buenas con la zorra que se había casado con su hermano y su hijo, y, después, lo había asesinado. Hay gente, lo sé, que dice que yo había sido prostituta. Yo jamás fui prostituta. Sí, claro, sí acepté algún bolso de piel de lagarto de alguno de aquellos fabricantes de ropa con los que salí antes de casarme con Billy Grenville, sabiendo, claro, que habría un billete de cien dólares en su interior, pero eso ocurrió hace mucho tiempo, en los años cuarenta, cuando cien dólares eran mucho dinero y, además, por aquel entonces esas cosas formaban parte del día a día. ¿Qué puñetas tiene de malo querer prosperar en la vida? ¿Tú habrías querido vivir en esa granja en la que yo nací?

—¿Te apetece tomar algo? —le pregunté.

—Escúchame, Basil —me dijo, levantándose y caminando hacia la barandilla—. Es un error tratar de ser amable conmigo.

—¿Por qué?

—Parece que he adquirido la capacidad de ahuyentar a todos. Incluso a mis hijos. —Inició un movimiento de retirada, buscando su bolso, su pañuelo y su libro. Una vez localizados, me tendió la mano—. En fin —dijo—, así acaba nuestra noche.

No quería que se marchara, pero no sabía cómo retenerla. Únicamente se me ocurría no soltarle la mano.

—Ann, eres una persona distinta de la Ann Grenville aquella que...

—¿... se besuqueaba con un alemán cabeza cuadrada en el bar del hotel Palace, en Saint Moritz, un año después de haber matado a mi esposo? —me preguntó, acabando la frase por mí de una forma que yo no había tenido intención de hacer. En la oscuridad, enrojecí y le solté la mano—. Una no puede pasar tanto tiempo sola como yo he pasado los últimos años y no llegar a alguna conclusión sobre sí misma —dijo, dándose la vuelta para irse, terminando así nuestro momento de intimidad.

Es cierto que, incluso hoy, años después de todo lo ocurrido, te encuentras con gente en las fiestas de Nueva York que te pueden contar, con todo tipo de detalles, la historia completa de esa noche de octubre de 1955 o, al menos, la historia completa que ellos conocen, porque nadie sabe la historia completa, a excepción de sus dos protagonistas principales, y uno de ellos recibió un disparo mortal, mientras que la otra se fue a la tumba sin haber hablado de aquello nunca, ni una sola vez. Excepto conmigo.

Sí, ya sé que la gente dice que yo maté a Ann Grenville. No, no matarla literalmente, tipo «Bang-bang, estás muerta», pero sí me tachan de ser el responsable de los veintidós sedantes y el más de medio litro de vodka con los que se los tragó después de leer el capítulo de mi novela, publicado en la revista *Monsieur*, pero no me siento en absoluto responsable. En mi relato, no la llamé Ann Grenville. La llamé Ann Hapgood. Que decidiera creer que escribía sobre ella fue su problema.

Los años en los que yo era conocido en la prensa por mis íntimas, aunque platónicas, amistades con algunas de las grandes damas de Nueva York, como Jeanne Twombly y Petal Wilson —ni una ni otra me hablan ya—, así como por mis exquisitos libritos, me contaron cosas sobre Ann y Billy y sobre la familia

Grenville de las que jamás habría tenido conocimiento de no ser por ellas. Jeanne Twombly fue la única del círculo de la orilla norte de Long Island que trató de ver a Ann después de lo sucedido. Ahora siente que la he traicionado, pero ¿qué pensaban esas señoras cuando me susurraban al oído todos los secretos de su mundo? Al fin y al cabo, ellas sabían que soy escritor. Tengo la habilidad de lograr que la gente hable conmigo y me cuente cosas. Ni siquiera he de hacer demasiadas maniobras para que así suceda. Escucho muy bien. Sonríe admirativamente. Nunca demuestro conmoción o consternación ante revelaciones conmovedoras porque ello, invariablemente, inhibiría al narrador de su relato.

En aquel maldito barco, donde ahora desearía no haber vuelto a verla, mi vida se hallaba en un estado precario. Podría decirse que temía por ella. No, mi vida no corría peligro. Ninguno; al menos no la amenazaban elementos criminales ni enfermedades terminales. Lo que temía era que la totalidad de la misma sumaba cero. Sí, naturalmente, un momento brillante aquí, otro momento brillante allá, pero había ido dando tantos tumbos, había cometido tantos errores y había tomado rumbos tan encontrados que nadie de quienes se muestran preocupados por estas cuestiones habría afirmado que aquella vida que yo tenía era digna de ser considerada respetable. Y yo a lo que siempre había aspirado era a ser considerado con seriedad.

Se rumoreaba cada día más que las drogas, el alcohol y el libertinaje interferían en mi trabajo, que estaba malgastando mi talento tanto en los salones, haciendo el papel de bufón de la corte, como en las discotecas. Quienes decían esas cosas también aseguraban que era incapaz de terminar aquello que, con toda presunción, había llamado mi obra maestra cuando aparecí en un programa de televisión. A veces la definía como mosaico. Otras, collage. También pastiche. Se trataba, naturalmente, de una ficción que representaba las miles de facetas de mi vida cuya unión reflejaría mi totalidad: mente, cuerpo, corazón y alma.

Me dolían sus críticas. Así que, tratando de recoger los pedazos de la ruina que por entonces era mi vida, me embarqué con el propósito de replantearme aquella obra inacabada. Las ideas no llegaban y, entonces, la vi a ella, Ann Grenville. Un nombre del pasado tratando de recoger los pedazos de la ruina que era su vida. La idea comenzó a cobrar forma. Se había escrito muchísimo sobre ella hacía años. ¿No había llegado ya el momento de contar su versión de la historia y dejar por fin las cosas claras? Objeto de las mayores calumnias, ella jamás había hablado para defenderse. Y allí estábamos ella y yo, en el mismo barco, y tendría que tener lugar una conversación si yo lograba que se dieran las circunstancias favorables. Sí, sí, sí, admito que lo que hice no estuvo bien, pero fui incapaz de resistirme ante aquella oportunidad. Sabía, sí, yo sabía, que con tiempo ella me contaría a mí, Basil Plant, lo que nunca le había contado a nadie. Soy una de esas personas a quienes la gente le confiesa sus secretos. Siempre ha sido así.

Yo, capaz de acordarme de las comas que marca la gente en las frases que pronuncia, empecé a recordar la historia de Ann Grenville tal y como la había escuchado y la había leído.

Cuando uno mira fotografías antiguas de Ann Grenville en las ventas de potros de Saratoga, por ejemplo, sentada junto a Alí Khan, con quien se decía que mantenía un romance, y junto a la señora Whitney, famosa en el mundo de las carreras, o en un safari en la India, vistiendo ropa de caza comprada en Londres, o en el baile del marqués de Cuevas, en Biarritz, luciendo alta costura y joyas, ves a una mujer en su mundo, pero su mundo era el mundo de su marido. Cuando se casó con Billy Grenville, durante la guerra, renegó de su vida anterior y se adentró, con paso firme, en la exquisita vida de su esposo.

Si hoy se consulta la lista del señor Malcolm Forbes de los más ricos de América se advierte que en este país la riqueza

ha cambiado de manos en los últimos treinta años. Ya no hay un Vanderbilt en la lista. Tampoco figura Babette Van Degan, ni ninguno de los apellidos que aparecen en esta historia. Y si bien aquellos que aún están vivos siguen figurando en el *Social Register* (a excepción de la pobre Esme Bland, que está en el manicomio, y de Neddie Pavenstedt, que dejó a Petal y el banco para irse a vivir con un actor de televisión al cual posteriormente adoptó), ya no son considerados ricos por los ricos de hoy. Pero, en la época sobre la que escribo, los Grenville eran una de las familias más ricas del país.

William Grenville, Junior, estaba acostumbrado a muchas cosas y la adoración era una de ellas. Adoración por parte de su padre, su madre y las cuatro hermanas que lo habían precedido en este mundo. No era una cosa que se comentara en voz alta, pero si él hubiera llegado antes, en aquella cola de hermanos habría habido menos hijas. En una familia como la Grenville, los varones eran lo importante.

Tras su nacimiento, recibió una nota del presidente Wilson en la que le daba la bienvenida a este mundo, y, una vez enmarcada, esa nota colgó sobre todas las camas que tuvo en su vida. Los Grenville vivían en una mansión de estilo renacentista obra de Stanford White, situada tocando la Quinta Avenida, frente a la anciana señora Vanderbilt y junto a la casa familiar de los Stuyvesant. Los fines de semana los pasaban en la finca de más de doscientas hectáreas que poseían en Brookville, Long Island. Los veranos, después de pasar una temporada en Europa, se marchaban a su casa de campo de Newport.

Era una vida espléndida y él emergió de la misma espléndidamente. Su niñera, Templeton, su preceptor, Simon Fleet, y su profesor de baile, el señor Dodsworth, estaban todos hechizados con su dulzura, su timidez y sus impecables modales. Gracias a Templeton, también niñera de sus cuatro hermanas, adquirió esa manera precisa de hablar que, durante toda su vida distinguiría su voz de las voces de prácticamente todo el mundo

con quien coincidía, a excepción de los pocos que habían sido educados exactamente del mismo modo que él.

Con el tiempo, su padre empezó a detectar que su hijo estaba siendo demasiado mimado y que la constante compañía de sus cuatro hermanas, quienes nunca se hartaban de cogerlo y de pasárselo entre ellas, podría derivar en debilidad de carácter.

Lo enviaron a la misma escuela primaria a la que había asistido su progenitor, cara y espartana, a fin de prepararlo para la gran vida y las muchas responsabilidades que le serían transmitidas a su debido tiempo.

Y, como cabía esperar, sufrió una racha de melancolía. Se sintió fascinado al leer que dos príncipes ingleses habían sido decapitados en la Torre de Londres. Se trataba de un capítulo de la historia que por más que leyera y relejera siempre lo conmovía, en ocasiones hasta las lágrimas. En un viaje de niño a Inglaterra lo llevaron a una visita guiada a la Torre y le recorrió un escalofrío por todo el cuerpo cuando vio la habitación donde habían estado prisioneros. Le dijo a su hermana Cordelia, la más cercana a él tanto en edad como en espíritu, que presentía que moriría joven.

De los años posteriores, su recuerdo más vívido de la casa de Nueva York, donde la familia pasaba la mayor parte de su tiempo, era la de la inmensa lámpara de araña que colgaba en la entrada principal. Siempre pasaba por debajo de ella temeroso y repetía a las nuevas visitas lo que había sucedido la víspera del baile de presentación en sociedad de Rosamond. Rosamond, su hermana mayor, tenía catorce años cuando él nació. Aquella figura lejana y glamurosa de su infancia se casó con un lord inglés a los diecinueve años, un año después de aquel baile, y se fue a vivir a Londres. La araña, de forma inexplicable, cayó al suelo y mató al hombre que la estaba limpiando. Con rapidez y discreción, no solo se hicieron cargo de los gastos del entierro sino que su familia recibió una generosa compensación y, a fin de no empañar la fiesta, se acordó con el servicio no mencio-

nar aquel suceso. Aquella fue su primera experiencia con la muerte y, también, con el cerrar filas. Se esperaba mucho de él. Se esperaba de él en el banco: el Cambridge Bank of New York, fundado por su abuelo y presidido por su padre, y en la dirección de una media docena de grandes compañías. También en las cuadras y el criadero de caballos Grenville: más de mil hectáreas en Kentucky, una empresa tremendamente exitosa, que había dado tres ganadores del Derbi de Kentucky. Era para todas esas cosas y más para lo que el chico estaba siendo preparado.

En un momento dado, le asaltaron las dudas. Bajo aquella elegante timidez suya existía una cualidad que eludía a la felicidad, una conciencia de sus propias limitaciones. Cuando pensaba en cosas como aquellas, lo que no era frecuente, le aterraba la certeza de que, de no haber sido un heredero de tal magnitud, habría sido un fracasado.

Su padre percibía aquellos miedos secretos y lo trataba con desdén, para arrancárselos a través de la humillación. Una vez le dijo delante de sus hermanas y su madre que debería haber sido una niña. No era lo que su padre sentía realmente. Como tantas otras cosas que su padre decía, pronunció aquellas palabras hirientes sin tacto alguno, sin considerar las consecuencias psicológicas. La herida que sufrió el niño fue devastadora y empeoró cuando su madre, a quien el pequeño adoraba, no se abalanzó para consolarlo y defender su género. Tampoco lo hicieron sus hermanas. Nadie osó contradecir al cabeza de familia.

—No me gusta mi padre —dijo Junior un día.

—No es así. No es así —gritó Alice—. Tú no quieres decir eso.

—Sí, eso es lo que quiero decir —persistió el chico.

—No, tú no quieres decir eso —insistió su madre.

William nunca estuvo seguro de sus sentimientos porque había sido instruido por la persona que más quería, su madre, en que lo que él sentía no era lo que sentía, sino lo que ella le decía

que sentía. Aquella interpretación materna de su interior iba de acuerdo a los cánones sociales propios de su estilo de vida.

Solo Cordelia, la cuarta hija, la más cercana en edad a Junior, lo comprendía. Y Bratsie. Él también lo comprendía.

No es importante en esta historia pero sí de gran relevancia para su personaje que Jellico Bleeker, o Bratsie, como lo conocía todo el mundo (excepto su madre, la gran anfitriona Edith Bleeker, que detestaba ese apodo), tuviera solo cuatro dedos en su mano derecha. Cuando tenía diez años, Bratsie perdió su dedo índice en un accidente ocurrido un Cuatro de Julio, al sostener demasiado rato el petardo con el que su familia le había prohibido expresamente jugar. En otra ocasión, algo así como un año después, cogió uno de los botes de vela de la familia de la casa de Long Island y, sin supervisión y sin conocimiento alguno de navegación, se lanzó hacia lo desconocido. No se le echó en falta hasta que ya había oscurecido, y pasaron doce horas hasta que los guardacostas, a punto de abandonar toda esperanza de encontrarlo, divisaron la embarcación balanceándose sin rumbo en el estrecho de Long Island. En su interior estaba Bratsie, casi congelado y totalmente ajeno al drama que había provocado. Su sonriente fotografía, publicada en todos los diarios, lo convirtió en una especie de héroe para sus coetáneos. Entre ellos, Junior Grenville, su mejor amigo.

El incidente confirmó la fuerte intuición de Edith Bleeker de que aquel potro indómito de su hijo necesitaba ser domesticado y que era ella quien iba a encargarse de hacerlo. Desde entonces, la vida se convirtió para Bratsie en un juego de venganzas con su madre. La acompañó a una boda de la alta sociedad luciendo, sin que ella se diera cuenta, una kipá en la cabeza. Después de haberse columpiado en una lámpara de araña durante la clase de baile del señor Dodsworth, le pidieron que se marchara y que no volviera. Inscribió a la pekinés de su madre, *Rose*, en el

Social Register de Nueva York como la señora Rose Bleeker. Era capaz de imitar cualquier cojera y defecto en el habla con una precisión infalible y así lo hacía. Se aprendió de memoria las palabras que debía pronunciar en el sacramento de la confesión y, aunque no era católico, confesaba pecados elaboradísimos a un sacerdote estupefacto. Fue el primero de los chicos del grupo en fumar cigarrillos, beber alcohol a escondidas, en masturbarse, ser expulsado del colegio, irse con una prostituta y destrozar el coche familiar.

El relato de sus escapadas hacía que el menos aventurero Junior Grenville terminara rodando por el suelo, atacado por una risa incontrolable. Junior Grenville adoraba a su amigo. Ambos eran constantemente llevados y traídos, por diversos chóferes, entre las casas Grenville y Bleeker de la ciudad y entre la finca Grenville en Brookville y la hacienda Bleeker en Glen Cove, en el campo.

A diferencia del alto y apuesto Junior Grenville, Bratsie Bleeker era pequeño y fornido, rubio y siempre bronceado. Cinco generaciones de Bleeker de Long Island le habían dado un aspecto natural de arrogancia y superioridad que él cortaba constantemente con la sonrisa seductora y pícaro que constituía su propia contribución a su apariencia. Contradecía su acento de clase alta con palabras de clase obrera y tenía una forma de sacar a Junior Grenville de sus estados de melancolía que nadie podía igualar.

—No hacía falta que explicaras que el pedo en el ascensor no te lo habías tirado tú —le dijo un día Bratsie, después de clase—. Nadie había dicho que así fuera.

—Me he sentido culpable —contestó Junior.

—A veces creo que no sabes quién eres —respondió Bratsie.

—No, no lo sé —dijo Junior.